



COSAS POR
LAS QUE
LLORAR
CIEN VECES
KOU
NAKAMURA

Book es una perrita sensible que Fujii encontró en la calle dentro de una caja de cartón delante de la biblioteca. Lo que más le gusta a Book es oír el sonido del motor de la moto de su joven amo. Cuando Book enferma, su amo vuelve a casa de sus padres para pasar con la perra los que tal vez sean sus últimos días. Pero Book se recupera, su dueño regresa a casa y decide pedirle a su novia Yoshimi que se case con él. Ella le propone que hagan antes una prueba y vivan juntos durante un año. Pero esta vez será la chica la que caerá enferma, circunstancia que modificará completamente sus planes. La historia de Fujii y Yoshimi es una historia que le puede pasar a cualquiera...

COSAS POR LAS QUE LORAR CIEN VECES

Kou Nakamura

PRIMERA PARTE

La moto y mi perra

Uno

Mi madre me dijo por teléfono que la perra se estaba muriendo.

No había vuelto a casa de mis padres desde que conseguí un trabajo, así que hacía unos cuatro años que la había visto por última vez. Me la encontré la primavera en que terminé el bachillerato, por lo que ahora debía de tener unos ocho años. Supuse que estaría entrando en la edad de los perros viejos, pero me parecía que todavía era pronto para que se muriera.

Traté de recordar cómo era. Mestiza, pequeña y cubierta de largo pelo castaño. Hembra. Una monada de perra, con la frente redondeada y unas grandes pupilas.

Mi madre hablaba despacio al teléfono.

—Claro que..., aquella vez, también nos alarmamos...

Su relato se había remontado un año antes, cuando el cuerpo de la perra sufrió una extraña alteración.

Un día, de repente, su cuerpo se hinchó. Mis padres se preguntaban qué le estaría pasando cuando, al día siguiente, vieron que se le había enturbiado el conocimiento y no se movía. Desconcertados, se apresuraron a llevarla a la clínica veterinaria, donde les dijeron que estaba a 170 de algo llamado BUN. Se trataba de una insuficiencia renal grave.

«Es un misterio que todavía esté viva», le dijo el veterinario, y mi madre derramó unas lágrimas. La perra estaba tumbada en la camilla con los ojos cerrados. Le estaban ad-

ministrando diuréticos para bajar la hinchazón, pero, aun así, no conseguía orinar.

Al final se quedó ingresada con el gota a gota en una pequeña habitación. Más allá de la ventana circular de la puerta, sólo se veía una barriga blanca que subía y bajaba. Finalmente podían confirmar que la perra respiraba.

Su estado no varió ni al día siguiente ni al otro. Permanecía tumbada en la pequeña habitación, conectada al gotero, como si estuviera muerta.

—Estaba con papá, así que creo que debía de ser miércoles... —dijo mi madre, arrastrando la última sílaba.

Por primera vez desde que la ingresaron, la perra abrió los ojos. Fue un miércoles por la mañana. Más allá de la pequeña ventana, los débiles ojos del animal atraparon a mis padres. Al parecer, mi padre profirió una exclamación, al tiempo que mi madre gritaba «¡Aquí, aquí!» y, medio llorosa, golpeaba el cristal de la ventana.

La perra entreabrió la boca y meneó la cola. Fue un movimiento leve, como causado por el viento, pero sin duda movió la cola después de ver a mis padres.

—Esa vez, quizá, al vernos a nosotros..., creo que se encendió una llamita en su cabeza.

«Se encendió una llamita en su cabeza», esa fue la expresión que usó mi madre.

Ese día fue como una especie de umbral. A partir de ahí, la perra comenzó a mejorar. Recuperó la conciencia, y cada vez que iban a visitarla movía la cola con más fuerza. La hinchazón del cuerpo también empezó poco a poco a remitir, y finalmente pudo levantarse. «Ha sido una recuperación milagrosa», parece ser que dijo el médico.

—¿No crees que fue por el deseo que tenía de volver a casa?

El día que le dieron el alta, la perra, en brazos de mi madre, tenía una expresión de evidente alivio.

—Cuando volvió a casa husmeó por todas partes con cara de felicidad.

Dice mi madre que, todavía ahora, no puede olvidar su expresión.

A partir de entonces, la perra pasó un año en casa luchando contra la enfermedad. Se trataba de una dolencia progresiva, así que no había posibilidad de que se curase. Mejoraron su calidad de vida e intentaron retrasar al máximo el avance de los síntomas.

Le prescribieron un medicamento para que pudiera evacuar y le hicieron seguir un régimen alimenticio bajo en fósforo y sodio, con moderación de proteínas de alta calidad. Durante las horas más cálidas, mis padres dedicaban mucho tiempo a que pasara tranquilamente y, cuando se cansaba, se echaba a dormir. La llevaban a la clínica periódicamente para hacerle análisis de sangre (parece ser que odiaba los pinchazos con toda su alma).

Así pasó un año, tranquilamente.

Dicen que un año en la vida de un perro equivale a siete años para las personas. Visto así, la perra pasó siete años luchando contra la enfermedad. En algún momento dejó de ver, y ya casi no oía. Tampoco se sabía hasta qué punto le funcionaba el olfato. Los últimos meses no paseaba, y parece ser que ya no respondía a los estímulos exteriores.

Finalmente, ayer se había quedado tumbada sin poder levantarse. Al parecer, cuando la acariciaban y le hablaban, a veces abría un poco los ojos.

—¿Crees que aguantará hasta el fin de semana? —le pregunté a mi madre.

—Pues... hum... —murmuró ella como si espirara. Luego se quedó unos segundos callada y finalmente añadió—: Pues... quizá no llegue.

Es la perra que yo recogí. Pasamos juntos el año que estuve en casa estudiando para mi examen de ingreso en la universidad. En la habitación del primer piso, donde no daba el sol, yo estudiaba y ella dormía.

¿Será normal que los perros duerman tanto cuando son cachorros? En aquella época no pensaba en eso, pero aho-

ra me parece extraño. Recuerdo que yo estaba frente al escritorio y ella pasaba casi todo el tiempo durmiendo a mi lado.

Si, mientras estudiaba, yo me levantaba y estiraba los brazos para desperezarme, ella lo notaba, se incorporaba y se acercaba a mí corriendo. Se sacudía y hacía sonar la campanilla que llevaba al cuello. Cuando me miraba con su frente redonda, me parecía una monada.

Luego deambulaba un rato por la casa y, cuando se aburría, regresaba junto al despertador. Yo no sabía por qué siempre se dormía arrimada al despertador. Más tarde me enteré de que los cachorros de perro asocian el tictac de los relojes con los latidos del corazón de su madre, y eso hace que se sientan confortados.

Llegó la primavera y aprobé el examen de ingreso en la universidad. «Volveremos a vernos», le dije antes de separarme de ella.

—Oye, tú —oí que decía mi madre al otro lado del teléfono, dirigiéndose a la perra—. Aguantarás cuatro días más, ¿verdad?

¿Qué cara pondría ella al oír esa pregunta?

Me vinieron a la mente su frente redonda y sus grandes pupilas. Me la imaginé mirando a mi madre, como diciéndole «haré lo que pueda».

—Si es sólo hasta el fin de semana..., creo que conseguiré aguantar —dijo mi madre, quizá sin ningún fundamento.

—Vale —respondí.

Iría el domingo a verla.

En el calendario, bajo la fecha del domingo, cuatro días después, anoté *Book*.

—Hasta entonces —dije, y colgué.

Dos

Me la encontré junto al aparcamiento de bicis y motos de la biblioteca.

Yo acababa de empezar mi vida de estudiante, me estaba preparando para el ingreso en la universidad, y estudiaba en la biblioteca. El aire de la sala rebosaba de la dulzura y la melancolía de un día laborable de primavera. Entre viejos que apenas se movían y estudiantes de mi edad que también parecían estar preparando exámenes de ingreso, yo resolvía un problema de planos complejos.

Si se elige un problema cuidadosamente, se pueden aprender muchas formas de solucionarlo con eficacia. Pero eso me valía hasta hacía un año, ahora tenía que dar un paso adelante. No me servía un problema demasiado bonito, sino uno útil para el que no se encontrara fácilmente una solución. Uno, dos o tres al día.

Había dedicado toda la tarde a resolver dos de ellos, y me dispuse a clavar mis ojos sobre el tercero. Cuando ya estaba gruñendo ante la falta de ideas para solucionarlo, empezó a sonar la musiquita del *Auld Lang Syne*^[1], que indicaba la hora de cierre.

Cerré el libro de matemáticas y miré hacia afuera por la ventana. Un atardecer de primavera parecía diluir todos los sonidos y los colores. Cuatro o cinco estudiantes de primaria estaban reunidos alrededor de lo que parecía una caja.

Me eché la mochila al hombro y me levanté.

Abandoné la sala de lectura y bajé la escalera pisando con firmeza. Mis zapatillas deportivas chirriaron contra el

suelo. En un rinconcito de mi mente seguían los chicos que había visto desde la ventana. Tuve algo parecido a una intuición.

Crucé las puertas automáticas y, mientras caminaba pegado a la pared, pensé: «Estudiantes de primaria... sentados alrededor de algo, ¿qué debía de ser lo que estaban mirando? Algún cromó raro. O tal vez un estuche raro. Un insecto raro. Un color raro. Una forma rara».

Doblé la esquina y, delante del aparcamiento de bicis y motos, vi la espalda de los escolares.

Inesperadamente, su número se había reducido a tres.

Al aproximarme me di cuenta de que lo que rodeaban era una caja de cartón. ¿De un cartón raro? Tenía unos caracteres chinos escritos. Leí: «"..." tipo *Naruto*^[2]». ¿Qué sería eso? Seguí adelante y vi también el carácter chino para el *wakame*^[3]? ¿Wakame del tipo *Naruto*? No. Lo que realmente decía en la caja era: «*Wakame de Naruto en forma de hilo*^[4]».

Uno de los escolares se dio cuenta de mi presencia y levantó la cabeza. Los otros dos también se volvieron hacia mí. Yo puse cara de chico mayor simpático y me asomé para ver la caja.

En su interior había un perro. Un cachorro que cabía en la palma de una mano. Pequeño. Me pregunté por qué era tan pequeño. A primera vista, comprendí que acababa de nacer.

Me abrí paso entre los tres chicos y me senté en el suelo. De cerca vi cómo el cachorro tiritaba levemente. Con el temblor de ansiedad, tenue y sin fuerza, impotente, que sólo muestra un ser vivo acabado de nacer. Lo aupé rodeándolo con las dos manos y sentí su humedad y su tibieza. El perro hizo como si apartara la mirada y agachó la cabeza. Los chicos clavaron sus ojos en mí con gran interés.

—¿Alguien puede quedárselo en casa? —dije mientras dominaba con la mirada a los tres escolares. Mi espíritu era

el de un pirata que le roba un tesoro a su descubridor.

—En mi casa, ni hablar —respondió uno que llevaba la cabeza rapada y tenía cara de ser el más listo.

—En la mía tampoco —dijo el que estaba en medio, que llevaba gafas.

¿Qué estaría pensando el tercero, que llevaba una gorra de color amarillo y estaba todo el rato callado?

—Pues entonces... me lo quedo yo, ¿vale? —lo dije dirigiéndome sólo a Rapado. Al tratarlo como al líder, quería colmar su orgullo y obtener el resultado que esperaba.

Sin embargo, él respondió sin gran vacilación:

—Vale.

—Bien —asentí—. Pues yo me hago responsable de este y me lo llevo. Cuando queráis jugar con él, id a casa de Fujii, en la sección 2 del barrio de Akasaka.

Rapado y Gafas de en Medio sonrieron con expresión relajada.

—Como lo habéis encontrado vosotros, os dejo que le pongáis el nombre.

Los tres se miraron.

—¿Es macho? —interrogué yo.

—Macho —aseguró Gafas de en Medio.

(Por culpa del Gafas ese, en casa de Fujii pensamos que era macho hasta que le vino la primera regla).

—Pues entonces tenemos que pensar un nombre de macho —añadí mirando a Rapado.

—Pues... —dijo él sin entonación.

Gafas de en Medio frunció el entrecejo como si no comprendiera. ¿Qué pensaría Gorra Amarilla, que observaba al perro con la boca entreabierta?

«¿Les habré pedido algo muy complicado para ellos? —pensé—. La habilidad principal de un estudiante de primaria es la repetición, y no tener ideas novedosas».

—Gon —soltó Gorra Amarilla en su primera intervención.

—¡Pero si ese es el nombre del conejo que tenéis en tu casa!

—¡Menuda idea!

A mí no me había parecido tan mal, pero ellos lo rechazaron.

—¿Alguno más? —dije, mirándolos a los tres.

—Wakame —dijo Gafas de en Medio. Había tenido una buena idea, inspirada en lo que estaba escrito en la caja de cartón.

—No puede ser, es un macho, ¿no? —repuso sin embargo Rapado.

Los escolares se quedaron callados.

—Vale... —dije—, pues lo decidiré yo.

Tenía que ponerle un nombre que pudieran aceptar ellos tres. Eran bastante espabilados para ser estudiantes de primaria. Si no podía dar con un nombre que superara el de Wakame, no tenía derecho a llevarme al perro, ni tampoco aprobaría el ingreso en la universidad.

—El cachorro se llamará... —dije clavando los ojos en la caja.

El animal estaba envuelto en una toalla. Un nombre que le fuera bien y que resultara pegadizo e impactante. Su cuerpo estaba cubierto de pelo corto, marrón y ensortijado. Era pequeño. Extremadamente pequeño.

—¡Ya está! —exclamé—. Estaba en una biblioteca, así que se llamará *Book*^[5].

—¡BOOK! —dijo Rapado con estridencia.

Gafas de en Medio sonrió relajado y Gorra Amarilla puso cara de estar contento.

«Bien —pensé yo—. Aprobado. A juzgar por su reacción, debo de haber aprobado».

Cogí a *Book* y lo coloqué contra mi pecho, dentro de la cazadora. Sólo asomaba la cabeza. Miraba hacia adelante, bajando los ojos como quien acaba de tener muchísima suerte.

—Pues... *Book* —dijo Rapado, y alargó la mano hacia la cabeza del perro.

Dejé que lo acariciara un poco y luego monté en mi moto.

—Venid a jugar con él cuando queráis. Sólo tenéis que preguntar por la casa de Fujii en la sección 2 de Akasaka.

—Quizá vayamos —dijo Rapado poniendo cara de adulto.

«Ratatatán, tatán...». Pateé el pedal de arranque y el sonido del motor de dos tiempos retumbó. Acomodé bien al perro sobre mi barriga para que no fuera dando tumbos dentro de la cazadora. Di media vuelta con la moto y los chicos se echaron hacia atrás y me abrieron camino.

—Allá vamos, *Book*.

Puse primera e hice avanzar la motocicleta. El giro del motor se transmitió a la rueda trasera y esta se adhirió con firmeza al asfalto. Sentía un calorcillo en el abdomen, tan sólo el leve peso de un perrito. La escasa fuerza de cuatro extremidades. La vida.

Metí segunda y aceleré. Procedentes de atrás oí unas voces que gritaban «¡*Book!*!», y luego unas risas. Les respondí dando dos acelerones. Y se oyeron más risas. Tercera. *Book* y yo pasamos en diagonal frente al *parking* del centro cultural colindante a la biblioteca. Al pisar una plancha de hierro que había en la salida, se oyó un fuerte ruido: «Tatán». Un sonido muy apropiado para un atardecer de principios de primavera.

Volví a casa y dejé a *Book* en la habitación del primer piso. Le puse la comida para cachorros que había comprado y también agua. Bebía y comía como si hubiera asumido que la habían separado de su madre y abandonado dentro de una caja de alga wakame en forma de hilo. Al mismo tiempo, parecía aceptar completamente que yo la había re-

cogido y le había puesto *Book* por nombre. No sé si era verdad, pero así era como yo lo veía.

Fui a poner los platos en su sitio y, cuando regresé, estaba durmiendo sobre el futón. Estaba tan cansada que dormía con las patas delanteras extendidas y la lengua medio afuera. Pensé que era una monada. Parecía completamente dormida.

Realmente, *Book* dormía mucho. Su lugar favorito estaba junto al despertador. Allí dormía de día y de noche. Por eso ya no pude usarlo más. Si aquella cosa que le gustaba tanto, y a la que se arrimaba, hubiera sonado con fuerza de repente —«¡riiing!»—, se habría asustado mucho. En su lugar, decidí usar el temporizador del radiocasete para despertarme, así que *Book* y yo nos levantábamos todos los días con el curso de inglés que daban en la radio.

Cuando se despertaba, *Book* comenzaba a dar vueltas por la habitación hasta que se aburría y salía. Iba a inspeccionar la casa y, al cabo de un rato, regresaba y se echaba a dormir de nuevo.

Cálculo, integrales, derivadas, vectores, matrices, ecuaciones de tercer grado, límites, distribuciones de probabilidad, estadística... *Book* me acompañaba mientras yo estudiaba matemáticas para la universidad. Mejor que ir a la biblioteca; su compañía hacía que mis estudios marcharan bien. *Book* fue creciendo como si absorbiera el sonido del segundero del despertador cincelandó el tiempo a un ritmo fijo.

Llegó el verano.

En lugar de ir a pasear, yo llevaba a *Book* junto al río.

Antes del anochecer, salía afuera y arrancaba la moto. Cogía a la perra en brazos y la metía entre el pecho y mi chaqueta, de forma que fuera bien sujeta y sólo asomara la cabeza. No habían pasado más que unos meses desde que la había recogido, pero ya pesaba bastante.

Tomábamos la carretera provincial hacia el este. *Book* entornaba los ojos contra el viento con la mirada fija al fren-

te. Se me antojó comprar unas gafitas para perro pero, al parecer, no había. De vez en cuando, alguna pareja que viajaba en coche nos señalaba alegre.

Justo antes de llegar al río *Ibi*^[6], nos desviábamos de la carretera provincial hacia la izquierda. Avanzábamos en línea recta por el dique y bajábamos junto al río. Yo dejaba la moto siempre en el mismo lugar, me sentaba en la misma piedra y *Book* salía reptando de mi pecho.

Luego trotaba hacia adelante y fijaba la mirada en la superficie del río. En la orilla, el viento siempre soplaba con fuerza. Cuando me quitaba el casco, oía a lo lejos un tren que cruzaba el puente de hierro, mientras el color anaranjado del cielo se iba fundiendo poco a poco.

Yo me encendía un cigarrillo y fumaba.

Book nunca se iba muy lejos, sino que se quedaba dentro de un radio similar al de mi habitación. A veces caminaba un poco y olfateaba hierbas o piedras.

Cuando yo sacaba una pequeña pelota de trapo de mi bolsillo, ella levantaba los ojos hacia mí, contenta. Yo la lanzaba con suavidad y ella la seguía con la vista; luego ponía cara de felicidad y me miraba. «Cógela», le decía mientras señalaba con el dedo, y *Book* iba a buscarla con paso animado.

Entonces yo echaba a correr sin sentido a lo largo del río, y ella me seguía con todas sus fuerzas.

Cuando nos cansábamos de correr, lanzaba una piedra sobre la superficie del río. Mientras la piedra rebotaba en el agua —«pasha, pasha, pasha...»— levantando salpicaduras, *Book* la contemplaba con la boca abierta. «Cógela», le decía yo señalando la otra orilla, y ella levantaba la mirada hacia mí como diciendo «Estás de broma, ¿no?». Era una monada.

Un día dejé a *Book* junto al río y me fui con la moto. «¿Hasta adónde me seguirá?», pensé.

En un primer momento persiguió con ganas la moto, que aceleraba sobre el dique, pero poco después se cansó